

No podía creer lo que estaba pasando. Y yo, era parte implicada. Lo que nunca hubiese imaginado, ahora, el 26 de mayo de 2026, a mis 55 años, se constataba real. Es cierto que yo nunca tuve una gran imaginación, pero en toda mi vida había experimentado algo igual.

Siempre nos había gustado realizar grandes viajes y habíamos visitado desde las Cataratas del Iguazú, en Argentina hasta la Gran Pirámide de Guiza, en Egipto. Y nunca, aun habiendo contratado siempre un seguro de asistencia en viaje (es básico para una persona que le apasiona viajar), nos habíamos visto en una situación como esa. En esta ocasión, habíamos ido a visitar, por tercera vez, las ruinas que unen las montañas Machu Picchu y Huayna Picchu, en Perú y, desde que entramos en el recinto, se notaba una calma singular. El guía nos había comentado que, desde hacía unos meses, el reloj solar presentaba un cierto color rojizo que nunca se había detectado y, hasta allí se habían dirigido científicos de gran prestigio, para investigar el porqué de dicha variación en el color.

Pero fue ese día radiante, el elegido. Justo cuando nos acercábamos al reloj, éste empezó a emitir destellos de colores que inundaron todo el recinto de un aura, anaranjada por el sol, que nos envolvió suavemente. De repente, sentí una paz en mi interior y mis párpados, pesados, se cerraron sin yo poder evitarlo. Quizás habían pasado cinco o diez segundos, cuando volví a abrir los ojos y, allí estábamos todos. Flotando. Suspendidos en el aire. El reloj solar no paraba de brillar y todos los congregados a su alrededor, nos movíamos con gran ligereza sin pisar el suelo. Tan solo con los movimientos de los brazos, subíamos o bajábamos con gran precisión. Desde arriba, como si de un pájaro se tratara, podíamos visualizar todas las ruinas incas. Desde mi más tierna infancia siempre había soñado con poder volar, pero era ahora, a mi mediana edad, que esta ilusión se había hecho realidad.

No fue hasta dos días más tarde de esta fabulosa experiencia cuando supimos la razón de esta nueva habilidad humana. Nuestro cuerpo a lo largo de la evolución se está adaptando a la nueva climatología y, la composición química del reloj solar provocó que, en un gran momento de actividad solar, las sustancias emitidas por el reloj, se adhiriesen a nuestra piel, reaccionando nuestro cuerpo, como si pasara de un estado sólido a un estado gaseoso, pudiendo así gravitar suavemente. Este nuevo descubrimiento, ha abierto la puerta a una nueva dimensión en nuestra humanidad. Una nueva era, de la que ya formamos parte. ¡Feliz vuelo!